

## *Una conversación sobre los Balcanes*

León Trotsky

3 de julio de 1913

(Versión al castellano desde “Une conversation à propos des Balkans”, en L. Trotsky, *Les guerres balkaniques. 1912-1913*, Éditions science marxiste, París, 2002, páginas 275-284; también para las notas. Publicado en *Kievskaja Mysl'*, número 181, 3 de julio de 1913.)

Hombre de ideas moderadas, Ivan Kirillovič es también extremadamente miope: cuando sale a pasear lleva siempre dos pares de gafas. De cuarenta y siete años, es mineralogista de formación, publicista político serio de profesión y pertenece a la extrema derecha del partido de los cadetes. Aunque tímido, Ivan Kirillovič se empeña en demostrarnos que tiene *le courage de ses opinions*<sup>1</sup>. Cuando habla con gente de izquierdas, le gusta declarar que, aunque es miembro de los cadetes, comparte las ideas de Piotr Struve<sup>2</sup> (“sí, señores, las de Piotr Struve”) y que la tragedia esencial de Rusia radica en que “el principal partido de la oposición” es demasiado radical, participa demasiado poco en el gobierno, es demasiado servil a la tradición de la intelectualidad. Ivan Kirillovič llegó a Berlín para estudiar la historia de la reacción prusiana y encontrar afinidades útiles para sus proyectos políticos. Cuando estaba en la universidad, Ivan Kirillovič argumentó meticulosamente su tesis doctoral en mineralogía, con su característica mente empírica. Pero el político en que se ha convertido vive exclusivamente de analogías diletantes.

Ivan Kirillovič llegó a Berlín con botas de goma, quejándose del frío (dice que este verano es realmente terrible) y añadiendo que, si no le diera vergüenza pedirselo a la casera, le haría encender la estufa (¡en julio!). Duda de la existencia de la nación ucraniana, se queja de que aquí en Rusia no hay disciplina de trabajo y dice estar convencido de que, aun considerando la cuestión del este en todos sus aspectos, es imposible renunciar a los estrechos. Ivan Kirillovič es eslavófilo (lo es desde 1908), pero naturalmente es un eslavófilo progresista. Le gusta hablar de cultura eslava e incluso de ciencia eslava, aunque en su tesis se refiera sobre todo a científicos alemanes. En el último año ha escrito varios artículos sobre la cuestión balcánica y ha desaprobado rotundamente a Miliukov por su falta de intuición política. Se dice que este último se inclina a favor de la paz cuando debería tomarse una decisión más decidida.

- La paz no es un fin en sí mismo! protesta Ivan Kirillovič, en tono irritado. ¡No se puede sacrificar lo que da sentido a la propia vida en nombre de la preservación de la vida!

Pero no profundiza en el vínculo entre el sentido de la vida y los estrechos.

Sin embargo, Ivan Kirillovič siente, en el fondo de su alma, una especie de atracción patológica por la gente de izquierdas, sobre todo por los de extrema izquierda. Le gusta discutir a fondo con ellos sobre ciertos temas, pero sólo en privado; es reactivo a polemizar en la prensa, pues le parece una práctica impropia de un partido de gobierno serio. En la conversación, hace acusaciones serias con la mayor calma, y de vez en cuando limpia su segundo par de gafas mientras mira asombrado a través del primero. Escucha las objeciones y responde con voz tranquila.

- No entiendo por qué Rusia se niega a aceptar los estrechos.

- ¿Por casualidad se ofrecieron los estrechos a buen precio?

- No importa si nos los ofrecieron o no, ni a qué precio. El hecho es que, si no decimos nada o dudamos, no llegaremos a ninguna parte. Debemos fijarnos un objetivo claro y preciso e intentar alcanzarlo contra viento y marea.

- ¿Quiénes somos *nosotros*, si no es indiscreto que se lo pregunte?  
- ¿Quiénes somos? ¡Vamos ya!, estamos hablando de la sociedad rusa, por supuesto.

- Ya veo. Lo siento, pero no sabía que la sociedad rusa había adquirido el derecho de llevar a cabo negociaciones diplomáticas y, sobre todo, de gestionar la compra de los estrechos.

Ivan Kirillovič se limpia las gafas y responde con voz firme:

- No quiero negar en absoluto la escasa importancia de los derechos constitucionales en la sociedad rusa, especialmente en el ámbito de la política exterior. Pero eso no me parece una buena razón para renunciar a los estrechos.

Los últimos acontecimientos han afligido mucho a Ivan Kirillovič.

- ¡Es una desgracia, dice! Están pasando precipitadamente de una guerra de liberación a un conflicto fratricida. Todos los resultados conseguidos se están desmoronando; las simpatías despertadas por las victorias de la causa eslava se están evaporando; los planes y las esperanzas se están esfumando. Es una desgracia, ¡una desgracia!

- ¿Una desgracia para quién?

- Para los aliados, por supuesto, para los serbios, los búlgaros y los griegos.

- Perdóneme, pero me parece que, para los serbios, los búlgaros y los griegos (hablo del pueblo, por supuesto) se trata de una tragedia posterior más grave que la vergüenza. La vergüenza recae sobre quienes dirigen los destinos de los pueblos balcánicos y sobre un gran número de políticos rusos, es decir, sobre quienes han dirigido la sociedad rusa, con medios más o menos honestos, en una dirección favorable a los planes e intenciones de quienes gobiernan los Balcanes. Y, que yo sepa, ése es usted, Ivan Kirillovič.

- Perdóname, pero estaba convencido de que debíamos apoyar una guerra librada en nombre de la “liberación”. Para usted es muy fácil decir eso: simplemente rechaza cualquier guerra. Ya sea una guerra en los Balcanes o en la Patagonia, ofensiva o defensiva, de liberación o de conquista, para usted todo es lo mismo. Nosotros, en cambio, creemos que es necesario profundizar en el contenido histórico real de la guerra, de esta guerra en los Balcanes, y no podemos cerrar los ojos al hecho de que está en juego la liberación del pueblo eslavo de la dominación turca. Quien no esté a favor de esta guerra, quien no la apoye, sólo está apoyando, directa o indirectamente, la dominación de los turcos sobre los eslavos. El dogmatismo de ustedes los ha llevado, más de una vez, a mantener posiciones de este tipo.

- Bien, pero ahora los que antes se llamaban aliados, ¿a quién están liberando?

- Ya se lo he dicho: ¡lo que está pasando ahora es una vergüenza!

- ¿Y cree usted que ha resuelto la cuestión diciendo eso? ¿No cree que hay un vínculo inextricable entre esta guerra *vergonzosa* y la que usted llama guerra de “liberación”? ¿No está de acuerdo? Veámoslo más de cerca. La emancipación de los campesinos macedonios de su sometimiento al latifundismo feudal fue sin duda un acontecimiento necesario e históricamente progresivo. Pero fue emprendido por fuerzas que no tenían en el corazón los intereses de los campesinos macedonios, sino sus propios intereses codiciosos como conquistadores dinásticos y depredadores burgueses. Tal usurpación de tareas históricas no es excepcional. La liberación del campesino ruso de los grilletos de la comunidad aldeana, en la época de la dominación policial y la servidumbre de la gleba, fue un proceso gradual. Pero no debemos pasar por alto la identidad de quienes emprendieron esta acción ni cómo se logró. La reforma agraria de Stolypin<sup>3</sup> no resolvió los problemas planteados por la historia: sólo utilizó estos problemas en interés de la nobleza y los kulaks.

- Para mostrar una desconfianza total hacia los *liberadores* no deseados y negarles cualquier forma de solidaridad, ni siquiera es necesario idealizar el régimen turco o el de la comunidad aldeana rusa. Ante la alternativa de liberar a los campesinos en una Macedonia independiente o mantener las cadenas feudales en una Macedonia búlgara, Fernando de Sajonia-Coburgo, paladín de la causa eslava en los Balcanes, habría elegido, sin vacilar, la segunda solución, como lo prueba o bien el conjunto de su política hacia Macedonia durante el último cuarto de siglo, o bien la conexión objetiva de las cosas. Ustedes, los eslavófilos liberales, han llamado guerra de liberación a una guerra que, para satisfacer apetitos dinásticos y militaristas, se sirvió del deseo de libertad de los campesinos macedonios. Lejos de ser una lucha de los macedonios por su libertad, fue una especulación sangrienta de las dinastías balcánicas a costa de Macedonia. Y es esta operación la que usted ha apoyado en la prensa y en la Duma. Al revelar la verdadera política macedonia de Fernando y de los partidos del gobierno, los demócratas búlgaros se han puesto en armonía con los intereses de Macedonia contra la guerra. En cambio, ustedes, los eslavófilos, intentaron enseñar a los demócratas rusos a mirar a los Balcanes a través de los ojos de los Coburgo y los Karageorgevič; embellecieron ciertos aspectos, callaron sobre otros o, de nuevo, los falsificaron. En resumen, has desempeñado un papel equivocado. He leído sus artículos, Ivan Kirillovič, y he pensado: si el rey Fernando hubiera colocado a uno de sus agentes entre los periodistas rusos, no habría escrito de forma diferente a ésta. El agente habría recibido dinero a cambio, mientras que usted actúa de forma totalmente desinteresada: esa es la única diferencia.

- ¿Quién podía prever lo que ha pasado? se pregunta usted. Perdone, pero Karl Kautsky escribió, al comienzo mismo del conflicto, que los intereses dinásticos en los Balcanes eran lo suficientemente poderosos como para convertir una guerra entre aliados contra Turquía en un enfrentamiento entre aliados por el reparto de Turquía. Así que alguien fue capaz de prever lo que ocurriría. Usted, en cambio, no sólo no lo previó, sino que deliberadamente hizo la vista gorda, apenas se abrieron algunas lagunas en su política balcánica. Peor aún, usted calificó de doctrinarios incorregibles a quienes se negaron a apoyar las acciones de Fernando, epíteto que hoy podría atribuírsele con razón.

- Es difícil negar que el curso actual de los acontecimientos justifica sus críticas. Pero a la larga, su punto de vista se revelará como lo que es: políticamente irresponsable y alejado de la realidad. Hay que aceptar los acontecimientos como son, no como a uno le gustaría que fueran. Admito que habría sido mejor que la liberación de Macedonia se hubiera logrado con métodos distintos de los crueles métodos de la guerra. Sin embargo, esta guerra tiene al menos una ventaja: es un acontecimiento real, no imaginario. Cualesquiera que fueran los objetivos de los reyes balcánicos y de los partidos gubernamentales, la guerra produjo un resultado concreto: Macedonia se liberó de la dominación del bey, del sistema fiscal turco y de la tiranía. Los liberales definimos nuestra relación con la guerra no en función de quién la hace, sino, según el principio del *cui prodest*, para quién es útil.

- Como políticos, no de un futuro indefinido, sino de hoy y de mañana, apoyamos resueltamente una guerra que debía llevar la libertad a Macedonia y a la Vieja Serbia; y, con más resolución aún, nos opusimos a la otra guerra, que no tiene justificación histórica. No veo ninguna relación entre esta guerra y la anterior guerra de liberación. No conozco ninguna conexión y niego que pueda haberla. Además, no logro entender cómo y por qué estalló esta trifulca sin sentido, dado que el arbitraje siempre fue posible. La única explicación aceptable podría ser que los serbios querían acudir al arbitraje con el hecho consumado del tratado serbio-búlgaro roto. Sin embargo, ahora está claro que la iniciativa de la guerra no partió de Serbia, sino de Bulgaria. Se trata de un acto que no comprendo. Cualquiera que fuera la decisión adoptada por el árbitro, no habría causado daños

mortales o materiales comparables a los de una guerra. Toda la franja de tierra que se disputa tiene probablemente menos habitantes que el número de soldados búlgaros, serbios y griegos que morirán por ella. Realmente no lo entiendo.

Ivan Kirillovič está tan irritado que se ha levantado de su asiento.

- Cree que en los Balcanes se lleva a cabo una política responsable y razonable, por eso no ve la relación entre la vergüenza de hoy y la *gloria* de ayer. En realidad, la política allí se ha desarrollado como un terremoto. Fue precisamente la primera guerra, la guerra de “liberación”, la que hizo estéril todo cálculo político y toda prudencia. Es una espontaneidad inconsciente y ciega la que reina, no la espontaneidad benigna expresada por una renacida solidaridad de masas que ya tiene mucho en su haber en la historia. Es una espontaneidad maligna cuya resolución no es más que otra faceta de su ciega desesperación. En tiempos de guerra, la idea de que el ejército es un instrumento complejo con un centro único suele ser un error; y en la situación de los Balcanes, esta idea es completamente irrelevante porque el ejército se funde con el pueblo. Este ejército de gente trabajadora arrancada de sus arados o de sus lugares de trabajo lleva nueve meses luchando, sin que sus armas hayan tenido tiempo de enfriarse. Y ésta es la fuerza motriz del actual curso insensato y vergonzoso de los acontecimientos.

- Cuando se formó este ejército de jóvenes imberbes, padres barbudos y ancianos de bigotes encanecidos, se pensaba que la guerra no duraría más de tres o cuatro meses, fuera como fuera. “Europa detendrá la guerra. No permitirá que dure más”. Han pasado nueve meses y las tropas balcánicas siguen en pie de guerra. En nueve meses, la población masculina adulta, prácticamente hasta el último hombre, ha sido apartada del campo y del trabajo productivo. Habría sido imposible mantener unidos a todos esos campesinos durante nueve meses seguidos sólo mediante la disciplina. Para lograrlo, el ejército tenía que estar profundamente convencido de que no había otra solución posible, de que el desarme habría sido un desastre total. Durante los primeros meses, la solidaridad interna le confirió al ejército la energía que necesitaba para atacar a Turquía, su viejo enemigo. Una vez iniciadas las negociaciones de paz, los soldados siguieron llevando su carga, convencidos de que la desmovilización tendría lugar al día siguiente o unos días después. Entonces llegó la noticia de que podían deponer las armas y que volverían a casa sólo tras la toma de Andrinópolis. Una cosa llevó a la otra y, a pesar de la creciente impaciencia de los soldados, el ejército no se desintegró. Al contrario, la impaciencia se convirtió en la fuerza motriz de su *determinación de entrar en acción*, aunque estuviera físicamente agotado.

- Entonces, poco a poco, las fricciones entre los aliados salieron a la superficie. Andrinópolis había caído, la guerra había terminado, pero el ejército aún no había sido desmovilizado. Y así comenzó el periodo más crítico. Los gobiernos balcánicos no querían una guerra destructiva para todos, pero a pesar de este deseo, al no confiar los unos en los otros, no se atrevían a desmovilizarse. Temían por su botín y este temor les impulsó a mantener al ejército en pie de guerra, listo para el conflicto militar. Sin embargo, la única manera de mantener a los trabajadores en el ejército era avivar su odio contra los supuestos responsables de prolongar la situación. A los soldados búlgaros se les dijo que no podían volver a casa por culpa de los serbios. Los serbios violaban los acuerdos e intentaban recuperar partes de Macedonia que habían sido liberadas a costa de enormes sacrificios. Por otra parte, al ejército serbio se le dijo que los búlgaros querían tomar todo lo que había sido conquistado con sangre serbia, que los búlgaros querían expulsarlos del mar Egeo, igual que Austria los había expulsado del Adriático. Los ejércitos, que ya habían derramado tanta sangre, se encontraron en un callejón sin salida. El camino a casa de sus familias tenía que pasar sobre los cadáveres de los aliados de ayer. Esta es la lógica que rigió los acontecimientos: primero se reunió un ejército para

hacer la guerra, y luego esa guerra se convirtió en el único medio de mantener unificado a ese ejército. Es una fórmula concisa que explica por qué la guerra *liberadora* se convirtió en una guerra *vergonzosa*.

- Los oficiales utilizaron el deseo impaciente de los campesinos de volver a casa para transformarlo en odio hacia sus antiguos compañeros de armas: éste fue el regalo envenenado de la primera guerra victoriosa. La embriaguez de la victoria sobre Turquía fue demasiado grande y se subió a la cabeza de los oficiales. Tras infligir duras derrotas a un régimen militar decadente, estos hombres se convencieron de que sus espadas podían cortar cualquier nudo. Y los Balcanes están llenos de nudos. Unión aduanera, federación, democracia, parlamento único para toda la península... todas estas consignas dieron paso a los argumentos decisivos de las bayonetas. Habían luchado contra los turcos para “liberar” a los cristianos, masacrado a los pacíficos turcos y albaneses para cambiar las proporciones étnicas de la población, ahora tenían que matarse entre ellos para *rematar la faena*. Los diplomáticos (dirigidos por Sazonov, asistido por Miliukov) buscaban una solución que llevara el conflicto a los límites del arbitraje, pero los ministros balcánicos sintieron que el suelo bajo sus pies cedía, porque la autoridad de los viejos civiles sobre los que viven en los campos de batalla siempre ha sido débil. Y entonces ocurrió lo inevitable. Las armas se dispararon antes de que los diplomáticos pudieran encontrar una solución.

- ¿Cuáles son los vínculos internos en esta situación? Empezaron la guerra por una codicia estúpida y una confusión cobarde, una guerra no declarada, con relaciones diplomáticas ininterrumpidas durante los primeros días del conflicto. Me saltaré, por el momento, el análisis del papel desempeñado por el aventurero Savov, los demás carniceros y otros mercaderes del patriotismo. Lo que ocurrió no fue accidental, no fue fruto de un malentendido, ni el resultado de intrigas individuales, sino el resultado natural de toda la política de las dinastías balcánicas, de la diplomacia europea y de la propaganda eslavófila del liberalismo ruso que había abierto un surco en el suelo balcánico.

- No me cabía duda de que usted habría echado toda la culpa al eslavismo. Según usted, el único propósito de la historia es mostrar el aspecto ilusorio, la esencia reaccionaria y la nocividad del eslavismo. Por el contrario, el eslavismo es el único instrumento que puede proporcionarnos a nosotros, a los rusos, ideas serias para nuestra política en los Balcanes. En cualquier caso, por una razón u otra, ha evitado usted mencionar mi argumento principal e irrefutable. A pesar del giro de los acontecimientos, la guerra de los Balcanes ha dado un fruto que la historia nunca olvidará: Macedonia y la Vieja Serbia han sido liberadas. Y este hecho, mejor que ningún otro, habla en su contra e, insisto, en contra de su dogmatismo.

- ¡*Liberadas!* Disculpe, pero ¿a quién cree que los macedonios deberían pagar los costes de esta “liberación”? ¿Y cuánto costaría exactamente? Qué fácil es para los que no están directamente implicados hablar, en lugar de enfrentarse a los hechos. Usted, Ivan Kirillovič, dice que la paz no es un fin en sí mismo, pero tengo la impresión de que eso ha nublado su visión de la realidad. ¡*Liberadas!* ¿Tienes idea de cómo son las condiciones de vida en las regiones que fueron escenario de la guerra? Parecen haber sido devastadas por un terrible tifón que ha desgarrado, destrozado y reducido a cenizas todo lo creado por el trabajo humano. Un tifón que mutiló y aplastó al hombre y golpeó mortalmente a toda una generación, hasta al niño que se aferraba a su pecho y al feto en el vientre de su madre. Los turcos quemaron y masacraron mientras se retiraban; los cristianos de la región quemaron y masacraron donde pudieron mientras los ejércitos aliados se acercaban. Los soldados asestaron el tiro de gracia a los heridos y se apoderaron de todo lo que pudieron. Los chetniks, pisándoles los talones, saquearon, violaron e incendiaron.

Finalmente, el tifus y el cólera llegaron a las tierras *liberadas* al mismo tiempo que los ejércitos.

- ¿Se ha preguntado alguna vez de dónde han sacado los gobiernos balcánicos los medios para hacer la guerra? Al comienzo de las hostilidades, estuve en Belgrado y Sofía. Hablé de ello con tres políticos con conocimientos financieros, a saber, el ministro de finanzas Lazar Paču, en Belgrado, el exministro de finanzas Ljapčev, en Sofía, y el actual ministro de finanzas Todorov. Como era de esperar, los tres describieron el estado de su tesorería con optimismo, precisando que podrían hacer frente a los gastos de la guerra durante seis meses. Es de imaginar que no tenían ningún interés en subestimar la situación, así que, si hablaban de seis meses, podíamos suponer tranquilamente que en realidad no tendrían efectivo para más de tres meses. Ljapčev estimó el coste de la guerra en cinco francos diarios por soldado. Para un ejército de 500.000 hombres, esto significaba un gasto de dos millones y medio al día, o setenta y cinco millones de francos al mes. Ya han pasado diez meses desde que comenzó la movilización balcánica. Bulgaria debe haber gastado más de setecientos millones de francos durante este período. ¿De dónde han sacado todo este dinero? ¿Préstamos secretos? Posiblemente, pero no para una suma tan grande. No se prestan cientos de millones así. El hecho es que estos cinco francos, el coste diario aproximado de un soldado, no proceden en su totalidad del tesoro búlgaro. Una parte sustancial, en algunos casos incluso la mayoría, de estos costes son sufragados por las poblaciones de las provincias *liberadas*.

- Durante nueve meses, en los Balcanes se adoptó el mismo principio que en el siglo XVII, en la época de la Guerra de los Treinta Años: “La guerra se alimenta por sus propios medios”. El saqueo se ha convertido en un sistema, que cumple la misma función que los servicios de abastecimiento del ejército. La población cubre todas las necesidades del ejército, pero los costes se duplican, triplican e incluso cuadruplican. Con el aprovisionamiento organizado, cada kilo de carne cubre por término medio las necesidades reales. Desde la coronación del emperador Fernando<sup>4</sup>, la práctica y la teoría se han complicado: para obtener una libra de carne, la gente ha sacrificado a menudo un buey entero y, para calentarse, ha talado toda una empalizada o quemado una casa. Los periódicos búlgaros o serbios no permiten hacerse una idea clara de lo que ocurrió en el campo de batalla. Es aún más difícil obtener una imagen clara de la prensa eslavófila rusa. Lo mejor es echar un vistazo a la historia de la Guerra de los Treinta Años, ya que puede dar una idea de los sistemas utilizados en la época y sus consecuencias económicas y culturales. Algunos historiadores calculan que, entre 1618 y 1648, la población alemana se redujo de dieciséis a cuatro millones de habitantes. Las epidemias completaron la obra de exterminio mutuo. El país quedó reducido a un desierto. La gente, hambrienta y enloquecida, se comía los cadáveres.

- La guerra de los Balcanes dura menos de un año. Es más, es el pueblo quien la libra, no bandas de mercenarios. En esta guerra se han utilizado fusiles rápidos, ametralladoras y artillería moderna. En la era de las fábricas y las máquinas, la guerra produce en un mes los mismos efectos devastadores que un año de guerra a pequeña escala. Poco después de la caída de Andrinópolis, el corresponsal de *Rosiya*, un periódico poco dado al sentimentalismo, escribió que pasarían al menos veinte años antes de que la población macedonia recuperara el nivel de vida que tenía antes de que comenzara la guerra. Cada mes extra de guerra es otro año añadido. El periodo actual podría tener consecuencias económicas desastrosas. Y con los turcos y albaneses ya fuera del sangriento juego, son cristianos y eslavos (los mismos que se suponía que eran los promotores del renacimiento económico y cultural de la península) los que se están masacrando entre sí.

- Ahora que serbios y búlgaros se aplican mutuamente los mismos *métodos*, las mismas crueldades y atrocidades que infligieron, como vencedores, a turcos y albaneses, con la escandalosa complicidad de gran parte de la prensa rusa, asistimos a la tardía indignación de nuestros eslavófilos. Mientras tanto, las regiones en las que se desarrolla la guerra se transforman en un cementerio pestilente. Hablar de la “liberación” de Macedonia, región devastada, saqueada e infestada de enfermedades de un extremo a otro, es burlarse de la realidad o de uno mismo. Esta espléndida península, mimada por la naturaleza y que, en los últimos diez años, había realizado enormes progresos culturales, ha sido devuelta, ante nuestros ojos, a hierro y sangre, a los oscuros tiempos del hambre y la barbarie. La cultura adquirida se ha perdido, el trabajo de padres, abuelos y bisabuelos se ha reducido a polvo, las ciudades están en ruinas y los pueblos en llamas. No podemos detener esta destrucción frenética. Ante este retorno a la barbarie, cuesta creer que la palabra *hombre* pueda aún pronunciarse con orgullo. Pero los *doctrinarios* tienen al menos un consuelo, y no es el menor. Con la conciencia tranquila, pueden decir: “No somos responsables de todo este derramamiento de sangre, ni de obra, ni de palabra, ni de pensamiento.”

Ivan Kirillovič se dio prisa en volver a casa. Así que evitó responder. Sin embargo, prometió “arrojar algo de luz sobre esta cuestión”, de forma comedida, en *Reč* o *Russkaya Molva*.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)

---

<sup>1</sup> En francés en el original. “El valor de sus convicciones”.

<sup>2</sup> Struve, Piotr Bergárdovich. Uno de los líderes políticos más influyentes de la burguesía rusa. Es posible determinar las etapas del desarrollo de la ideología política burguesa a través de la evolución política de Struve. A principios de los años noventa, participó activamente en la batalla ideológica contra los populistas con la publicación del ensayo *Notas críticas*, en el que criticaba el populismo desde un punto de vista marxista. En 1898, participó en la redacción del manifiesto del primer Congreso de la POSDR, en el que escribió la profética frase: “Cuanto más al este vamos, más cobarde se vuelve la burguesía”. Dos años más tarde, Struve empezó a criticar el marxismo y la socialdemocracia. En economía política, criticó la teoría del valor-trabajo; en sociología y filosofía, el materialismo dialéctico (en particular, la concepción de los saltos revolucionarios); y en política, la posición de *Iskra*. Hasta 1905, Struve dirigió la Unión de Intelectuales Radicales y Liberales (miembros del zemsto). El auge de la revolución empujó su posición aún más a la derecha. Durante los años de la dirección gubernamental de Stolypin, estuvo próximo a las posiciones políticas de Bulgakov, Berdjajev y otros místicos y desertores del socialismo, redactores y editores del voluminoso mensual *Russkaya Mysl'* (Pensamiento ruso) en el que, además de denigrar e insultar a la revolución, se apoyaban las posiciones de la monarquía del 3 de julio. El mensual, producto de las ambiciones imperialistas del gran capital, se declaraba partidario de una alianza entre la ciencia y el capital, insultando la tradición revolucionaria de los intelectuales rusos. La revolución de 1917 convirtió a Struve en un ferviente contrarrevolucionario. Tras la revolución de octubre, se convirtió en ministro del gobierno de Wrangel. Luego publicó en Praga una revista místico-reaccionaria bajo el antiguo título de *Russkaya Mysl'*.

<sup>3</sup> La reforma agraria de Stolypin. Se refiere al decreto de 87 artículos de 9 de noviembre de 1906. El espíritu de este decreto, también conocido como la “reforma Stolypin”, se resume en el primer artículo, que dice:

---

“Cada propietario tiene, en todos los casos y en todo momento, derecho a reclamar el control sobre una parte de las tierras comunales”. La aspiración de los campesinos a ampliar su propiedad se manifestó enérgicamente con la ocupación de las tierras de los latifundistas en 1905, lo que obligó al gobierno zarista a satisfacer en cierta medida sus demandas. La preservación e inviolabilidad del latifundio sólo podía defenderse dividiendo las tierras comunales menos productivas entre los campesinos más ricos. Esto habría creado una gran capa de campesinos propietarios que habría sido la mejor garantía de la propiedad de la tierra. La burguesía industrial tenía interés en fomentar el deseo de reforzar la propiedad campesina en la medida en que la propiedad comunal de la tierra, muy fragmentada y primitiva, impedía el desarrollo del capitalismo en el campo. La escasa rentabilidad de la tierra dejaba a las masas campesinas en la pobreza, limitando gravemente su poder adquisitivo. Sabemos que el desarrollo capitalista tiende a desarrollar el mercado interior. La formación de una burguesía agraria engendra un aumento de la demanda de medios de producción y de bienes de consumo. El proletariado agrícola sin tierra se ve obligado a adquirir los bienes de consumo que necesita para sobrevivir y, al mismo tiempo, constituye una reserva de mano de obra barata para la gran industria. En este sentido, la reforma Stolypin fue un intento de satisfacer, y al mismo tiempo combinar, los intereses de la autocracia, la nobleza terrateniente y la burguesía industrial.

<sup>4</sup> Fernando II de Habsburgo, cuyo coronamiento en 1619 como emperador de Alemania provocó el levantamiento protestante de Bohemia que estuvo en el origen de la Guerra de los Treinta Años.